TROGLODITA

Mia Gallegos.

El me mira
ahora
desde el séptimo piso de la armonía.
Tiene los ojos pardos
y el cabello bañado con algo de sol
y algo de luna.
No sé de cuando lo conozco.
—Se parece tanto a los duendes
de mi infancia:
—con su trompo de madera,
sus estrellas de colores,
las canicas y el caballo de mar
que tanto agita.

Lo imagino recostado contra un vidrio
de luces, silencioso, murmurante,
ajeno por completo a mis ojos que lo rozan.

Muchos nombres puedo darle
—Endimión: Yo soy la luna
—Hierofante: Yo soy la bailarina.

Mas su nombre es troglodita
—un macho, peludo, bestia—
mentiroso y dulce como un niño.

En sueños lo miro arder
con su camisa de humo.
Lo detengo. Le pido que se marche.
Le pego fuerte,
fuerte
en su maldad azul,
asombrada.

Devano el hilo que nos une.
Lo corto.
Lo diluyo en el tacto de mi almohada.
Ahora me mira
recostado contra un sueño.
Mira la foto de una niña rubia
que era yo
hace unos instantes.

EL HEREJE

Homenaje a W. Reich.

En un tiempo fui parte
de la fracción erótica
del Partido Comunista.
Era un partido dentro del partido
como un ciego que se esconde en una gruta,
un águila en el águila del viento
o unos labios cerrados
en mitad del camposanto.
Todos mis documentos,
clandestinos,
disfrazados de puertas clausuradas,
concluían:
"¡proletarios y proletarias
de todos los países, uníos!"
y denunciaban las razones neuróticas
por las que a veces
la hoz no se acostaba con el martillo
o gusanos generados en el lecho
devoraban la manzana
de los puños.

Mis principios:
que las bocas dispersas
(que hacen una antecámara
de besos suspensivos) cierren filas,
trituren el espacio mojigato.

Que al avanzar la piel, levante vuelo
la parvada de corpiños temerosos:
que nadie note, no,
la militancia reservada
de tus malas intenciones:
que sea tu estrategia conquistar,
en medio de las sábanas,
el frente unido,
tu táctica formar en las epidermis
una asamblea de poros excitados,